

tribus primero, para que, siendo purgados de su delito, pudiesen mejor castigar á los otros sus hermanos. Los unos y los otros habian ofendido á Dios y merecian castigo; y queriendo el Señor dársele, ordenó las cosas de manera, que los unos y los otros fuesen castigados, y los unos fuesen ejecutores de la divina justicia contra los otros. Y desto se saca que en la guerra no basta que la causa sea justa y que se consulte á Dios, y que se tome con buena intencion, para que tengamos por cierta la vitoria, si por otra parte hay pecados y tenemos enojado á Dios. Porque algunas veces permite Él que el que tiene injusta causa, á los principios venza y castigue, como ministro suyo, los pecados de los otros que la tienen justa, para que ellos, despues de purificados con la pena, puedan con más razon y con más justa causa castigar y destruir á sus enemigos, por cuya mano fueron castigados. Esto mismo podemos entender en los desastrosos y calamitosos sucesos que nuestro Señor envia á su Iglesia, con los cuales quiere Él castigar primero los pecados de los fieles, para que, estando ellos purgados, puedan despues con más razon ser ministros de su divina justicia y castigadores de las abominaciones ajenas.

CAPÍTULO X.

Qué pecados son los que Dios castiga con los malos sucesos, y por qué los castiga por mano de otros mayores pecadores.

Si alguno me preguntare qué pecados son éstos que Dios nuestro Señor suele castigar con adversos sucesos, porque, tocando el castigo á todos, parece que los pecados han de ser públicos y de todos, respondo que en varios tiempos y en varias naciones suelen reinar pecados diferentes, con los cuales se estragan y corrompen las repúblicas, aunque comunmente todos ellos se reducen á deshonestedad, á codicia y soberbia, que son las tres fuentes de todos nuestros males. Pero, para satisfacer más á esta pregunta, referiré aquí lo que dice Salviano á otro propósito bien semejante á éste, y es desta manera.

Cuando los godos, vándalos, hunos, cuados, alanos y otras bárbaras naciones inundaron sobre la tierra y destruyeron á Italia, Francia, España, África y otras provincias del imperio romano, hubo grande admiracion y espanto en el mundo, de este azote tan riguroso que el Señor le habia enviado, y Salviano, obispo de Marsella, que en aquel tiempo florecia con grande opinion de santidad y letras, escribió ocho libros, que intituló: *Del verdadero juicio, ó de la providencia de Dios*. En ellos da razon de aquel justo castigo del Señor, y para justificarle cuenta los pecados que en aquel tiempo habia en el mundo, por los cuales el Señor de aquella manera le habia castigado (1). Y despues de haber contado en general el olvido y menosprecio de Dios con que la mayor parte de la gente vivia en aquel tiempo, y el descuido y tibieza de los

(1) Lib. III.

eclesiásticos, los robos y tiranías de los señores, la insolencia de los caballeros, el engaño y mentira de los negociantes, la disolucion y profanidad de los cortesanos, la escaseza y codicia insaciable de los ricos, las calumnias de los pleiteantes, las extorsiones de los ministros de justicia, la crueldad y desalmamiento de los soldados, y finalmente, la vida de los cristianos, tan estragada y perdida, que más parecia vida de unos puros gentiles que de cristianos, viene á decir Salviano (2) que las causas particulares de aquel azote habian sido la injuria y deshonestidad de las personas nobles y principales; el repartimiento injusto de las cargas y gravezas de la república, que se echaban sobre los pobres y miserables, eximiendo y descargando á los ricos y poderosos, de suerte que la carga de los fuertes llevaban los flacos, y los que eran los primeros en decretar que se pagase, eran exentos en el pagar, siendo liberales de la hacienda ajena y escasos de la suya; el poco respeto que se tenía á la virtud y religion; los desacatos continuos que se hacian á Dios en el jurar y perjurar, sirviéndose del santo nombre de Cristo, no para afirmar y establecer la verdad, sino para colorear y esforzar la mentira y para asegurar falsamente al prójimo, y teniéndole ya seguro, destruirle (3); la envidia y pesar del bien ajeno, teniendo por infelicidad propia la felicidad de su prójimo, creyendo que no puede tener nadie honra si es honrado su vecino; la muchedumbre y maldad de los cobradores y receptores, que desollaban y empobrecian los pueblos, y so color de cobrar los derechos imperiales, chupaban la sangre de los pupilos y de las viudas, y dejaban asoladas las ciudades, sin haber quien les fuese á la mano y les hiciese resistencia, porque hasta los sacerdotes y predicadores dice que callaban y no se atrevian á decir la verdad, porque no era recibida, sino desechada y perseguida (4); la disolucion de las comedias y representaciones que se usaban en aquel tiempo, con manifesto estrago de las costumbres y perdición de la república. Y en lamentar sola esta plaga gasta un libro, que es el sexto de los ocho que escribió.

Éstas son las causas más principales que da este santo y elocuentísimo varon, por las cuales dice que Dios destruyó el imperio romano, y envió enjambres y ejércitos de gentes feroces y bárbaras para ruina y asolamiento de los moradores de la tierra, las cuales he querido referir aquí para que, si algunas dellas nos tocan á nosotros, las quitemos y emendemos.

Y si más adelante algun curioso me preguntare qué es la causa por que, siendo los pecados de los herejes tantos y tan atroces y abominables, y sin duda mucho mayores y más aborrecibles que los de los católicos y fieles, en número, impiedad y crueldad, Dios los sufre á ellos, y castiga á los fieles y católicos, respondo que esta misma pregunta

(2) Lib. IV.

(3) Lib. V.

(4) Lib. VI.

hace al Señor el profeta Abacuc, maravillado que diese á su pueblo fiel en manos de sus enemigos, que eran infieles é idólatras, y abominables en los ojos del mismo Dios, y dice (1): «¿Por qué, Señor, disimulas y callais, y permitis que el malvado y pecador se coma y trague al que es más justo que no él?» Y Salviano hace la misma pregunta: «¿Por qué Dios quiso que los godos y vándalos y otras naciones bárbaras, que eran herejes ó infieles, se apoderasen de los católicos y cristianos, y los cautivasen y tratasen como esclavos, pues aunque pecadores, eran mejores que los bárbaros que los afligian y maltrataban?» Y responde que lo bueno que tenía el cristiano, que era luz de la fe, no era suya, sino de Dios, y que esta misma fe le obligaba á esmerarse en la virtud y á conformar la vida con su creencia, y á diferenciarse en las obras de los paganos, y que no lo haciendo así, merecia mayor castigo; porque no es maravilla que el ganapan viva como ganapan, mas eslo que el caballero y el señor y el hijo del rey vivan como ganapan.

Demas desto, digo que el Señor nos trata á nosotros como á hijos, y á los herejes como á esclavos, porque muchas cosas permite y disimula el amo á su esclavo, que no las consiente ni disimula á su hijo, no por otra razon, sino porque el uno es hijo y el otro es esclavo. Y así dice Séneca (2): «Cuando vieres que los buenos y amigos de Dios trabajan y sudan y suben por caminos ásperos, y que los malos se huelgan y dan á deleites y regocijos, acuérdate que nosotros nos solemos holgar de la modestia de nuestros hijos y que damos más licencia á los hijos de nuestros esclavos, y piensa que esto mismo hace Dios. Cuando el buen padre de familias ve á una ramera tratar liviana y deshonestamente no se maravilla, porque es ramera; mas si ve á su mujer ó á su hija hacer cosa que no deba, por muy ligera que sea, la reprende y castiga, porque el amor y cuidado que dellas tiene le hace mirar y castigar las faltas muy pequeñas, disimulando las graves en la otra, que trae escrito en la frente lo que es. Desta manera pues hace nuestro Señor con nosotros, porque nos tiene por hijos, castigándonos, y disimulando por algun tiempo las culpas de los herejes, como de esclavos y enemigos suyos, hasta que llegue el tiempo de su asolamiento y destruicion.

En el libro de los *Macabeos* se cuenta la horrible y cruelísima persecucion que el rey Antioco, sobre todos los hombres de su tiempo impiísimo, hizo á los judíos y á la ciudad y templo de Jerusalem, en el cual solo en aquel tiempo era Dios conocido y adorado en el mundo. Y despues de haberse referido la sangre que derramó, sin perdonar á hombre ni á mujer, á niño ni á viejo, á casada ni á doncella, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado, y otras cosas tan feas y abominables como éstas;

(1) Abac., II.

(2) Lib. De provid., cap. I.

temiendo el sagrado escritor de aquella historia que podia ser ocasion á los flacos de algun escándalo ver que el pueblo escogido del Señor fuese así tratado del mayor tirano y más cruel y fiera bestia que habia en la tierra, para consuelo y esfuerzo de los que así estaban afligidos, añadió estas notables y divinas palabras (3): «Yo ruego á todos los que leyeren este libro que no desmayen por estos acaecimientos adversos, sino que entiendan que Dios los ha hecho, no para destruicion, sino para emienda y correccion de nuestra gente; porque no dejar largo tiempo sin castigo al pecador es señal de gran beneficio del Señor, el cual no nos espera con paciencia á nosotros, como aguarda á las otras naciones, para castigarlas más rigurosamente el dia que Él tiene determinado, colmada ya su maldad, ni quiere que sea así con nosotros, ni acabarnos de una vez y hacernos pagar por junto nuestras culpas. Y ésta es la causa por que no aparta su misericordia de nosotros, ni desampara su pueblo cuando le aflige y castiga. Todas estas son palabras del Espíritu Santo, escritas en el libro de los *Macabeos*, las cuales nos dan claramente á entender que el azote en la casa del justo es misericordia de Dios, no conocida, y la prosperidad en la casa del malo es disimulada y encubierta ira de Dios. Y así dice el glorioso papa san Gregorio (4): «Porque es verdad lo que está escrito, que Dios castiga al que ama y azota al que tiene por hijo (5), muchas veces la santa Iglesia es afligida en esta vida con varias adversidades, y la vida de los malos goza de prosperidad, porque en la otra no aguarda premio, sino castigo. Mas los herejes, viendo las aflicciones de la santa Iglesia, la menosprecian, y piensan que es afligida porque es falsa su creencia y religion.» Esto es de san Gregorio.

Y en el mismo libro de los *Macabeos* se cuenta otro ejemplo, que confirma admirablemente esta misma verdad; porque habiendo, de los siete hermanos Macabeos, los seis acabado gloriosamente su batalla, y muerto despedazados por la defensa de la ley de Dios, el séptimo y postrero hermano con grande ánimo y valor se volvió al rey Antioco y le dijo estas maravillosas palabras (6): «Nosotros por nuestros pecados padecemos, y aunque el Señor para nuestro castigo y emienda está algo enojado con nosotros, pero pasará presto el enojo, y volverá su rostro sereno á sus siervos. Mas tú, malvado y sobre todos los hombres detestable, no te ensoberbezcas vanamente, ni con falsas esperanzas te enciendas contra los siervos de Dios, porque aún no has escapado del juicio de aquel Señor que es todopoderoso y ve y provee todas las cosas. Mis hermanos por un breve dolor que han padecido gozan ahora de la posesion de la vida perdurable, y tú por justo juicio de Dios serás castigado conforme á tu soberbia y maldad. Yo, como tam-

(3) I, Mac., VI.

(4) Lib. II, Moral., cap. XV.

(5) Heb., XII.

(6) III, Mac., VII.

bien lo han hecho mis hermanos, ofrezco mi cuerpo y mi vida por las leyes de mis padres, suplicando á nuestro Señor que aplaque su ira y perdóne á todo su pueblo, y con tormentos y azotes te haga confesar que él solo es Dios y Señor.»

CAPÍTULO XI.

Otras causas por que Dios suele castigar á los católicos y fieles.

Otra causa, y no pequeña, se me ofrece destes castigos, fundada tambien en la misma historia que hemos contado de las once tribus que hicieron guerra á la de Benjamín y la asolaron. Porque en ella se dice (1) que los del pueblo de Israel confiaban mucho del mucho número y valor de su ejército, y hacían tan poco caso de los de la tribu de Benjamín, que los acometieron por un cabo peligroso y dañoso para ellos mismos, porque les parecía que los habían de tragar y consumir en cualquier lugar y de cualquiera manera que peleasen. Y como Dios nuestro Señor es tan celoso de su honra, y es y quiere ser conocido por triunfador de Israel, como le llamó Samuel, no da algunas veces la victoria á algunos ejércitos poderosos, para que ninguno se pueda ensorbercer y decir que por su mano la alcanzó, y no se la dió el Señor (2).

Desto tenemos buen ejemplo, entre otros, en Gedeon (3), al cual enviándole Dios contra Madian, y habiéndole prometido la victoria, y siendo los enemigos innumerables, y como dice la Sagrada Escritura, como una infinidad de langostas, y teniendo Gedeon treinta y dos mil soldados, le mandó Dios que los despidiese y que se quedase con solos trescientos. Y da la causa por estas palabras: «Mucha gente tienes; no daré á Madian en tus manos, porque Israel no se glorie contra mí y diga: Con mis fuerzas y con mi brazo me he librado.» Por esto David dijo al gigante Golias, cuando salió á pelear con él (4): «Tú vienes á mí cargado de hierro y con espada, lanza y escudo, y yo vengo á tí en el nombre del Señor de los ejércitos, el cual te dará en mis manos, y yo te mataré y cortaré la cabeza.» Y añade la causa (5), para que todo este pueblo sepa que el Señor no nos ha salvado con espada y lanza, sino que es suya la guerra, y da la victoria á quien es servido. Y el rey Assa, habiendo de pelear contra un ejército innumerable de enemigos, hizo oracion á Dios ántes de la batalla y dijo: «Señor, para Vos lo mismo es dar la victoria con pocos ó con muchos; ayudadnos, Señor Dios nuestro, porque, confiados en vuestro nombre y poder, venimos á pelear contra esta muchedumbre infinita»; y así los desbarató Dios. El santo rey Ezequías, estando cercada Jerusalem del rey Senaquerib, se volvió á Dios y le dijo (6): «Libradnos, Señor, deste tirano, para que todos los reinos de la tierra sepan que

(1) Jud., ix.

(2) I, Reg., xv.

(3) Jud., vii.

(4) I, Reg., xvii.

(5) II, part. xiv.

(6) IV, Reg., xii.

Vos solo sois Dios y Señor»; el cual envió un ángel que en una noche mató ciento y ochenta y cinco mil de los asirios. El fortísimo capitán Júdas Macabeo, viendo á sus soldados desmayados, por ser ellos pocos y los enemigos muchos, les dijo (7): «Fácil cosa es que los muchos de los pocos sean vencidos, y para el Señor lo mismo es librar con pocos ó con muchos, porque la victoria no se alcanza con numerosas huestes y ejércitos poderosos, mas del cielo la da Dios.» La santa Judit (8), para cortar la cabeza á Holoférnes, primero se armó con oracion, y suplicó á nuestro Señor que le diese constancia y fortaleza para ello, y añade: «Para que quede la memoria de vuestro nombre, y sepa todo el mundo que Vos derribastes á este tirano por mano de una mujer, y todas las gentes conozcan que Vos sois Dios y no hay otro señor sino Vos.» Y otros muchos lugares hallamos en las sagradas letras, que nos enseñan que Dios es señor de los ejércitos y da la victoria á quien es servido, y que quiere que la reconozcamos de su mano, y que la manera para alcanzarla es confiar en Él, y no en nuestras fuerzas.

Para que esto se entienda mejor, muchas veces desbarata el Señor los consejos de los hombres y aniquila su poder, y hace que muchos sean vencidos de pocos, y que Abrahán (9) con solos los criados de su casa desbarate el campo vitorioso de cuatro reyes, y que Jonatas (10) con solo un paje de lanza ponga terror en el ejército de los filisteos, y que solos los pajes de lanza de los principes y señores venzan las huestes innumerables de Benaab y de los treinta y dos reyes que le acompañaban (11), y que con la quijada de un jumento (12) mueran mil de los enemigos, y con la honda de David (13) el soberbio y armado gigante, y el poderoso Sissara, con sus novecientos carros armados y ejército, sea vencido de una y muerto de otra mujer (14), y que Holoférnes y todo su poder sea destruido por mano de la santa Judit (15). Y así, cuando un ejército es muy poderoso, orgulloso y bravo, y despreciador del enemigo y muy confiado de sí, muchas veces le deshace Dios, porque quiere la gloria para sí, y que los hombres conozcamos nuestra flaqueza y que sepamos que es suya, y no nuestra, la victoria.

Otras veces no está la culpa tanto en la presuncion y orgullo, cuanto en la intencion con que se emprenden las guerras. No solamente cuando se emprenden con vanos fines y en ofensa de Dios, sino tambien cuando se tiene más cuenta con la propia injuria que con la del Señor de todo lo criado; porque muchas veces en las guerras concurren dos causas justas, la de Dios, cuando la guerra se hace

(7) Mach., iii.

(8) Judit, ix.

(9) Gen., xiv.

(10) I, Reg., xiv.

(11) III, Reg., xx.

(12) Jud., xv.

(13) I, Reg., xvii.

(14) Judic., iv.

(15) Ibidem, ix.

contra los infieles ó herejes, que son sus enemigos, y la nuestra, cuando habemos sido provocados de ellos y nos queremos satisfacer de los agravios que nos han hecho, y volvemos justamente por nuestra seguridad y reputacion. Pero cuando concurren estas dos causas, siempre se han de poner los ojos primeramente en la que es más principal, que es la gloria del Señor y el ensalzamiento de su santa fe, y despues en lo que nos toca, para que el Señor vuelva por los que vuelven por su honor. Y cuando esto no se hace, sino que tenemos por principal lo accesorio, y lo accesorio por principal, como algunas veces acontece, no es maravilla que permita el Señor que se pierdan las jornadas, no porque tuvieron malos fines, sino porque en ellas se tuvo más cuenta con lo que es ménos, y ménos con lo que es más, é hizo la criatura más caso de sus particulares intereses que de la honra y gloria de su Criador.

En el libro de los *Macabeos* se dice (1) que al tiempo que Nicanor, capitán del rey Demetrio, vino con poderoso ejército contra los judíos, ellos, animados de las palabras y esfuerzo de Júdas Macabeo, su capitán, determinaron de resistirle y pelear, poniendo toda su confianza en Dios, y da la razon desta resolucion que tomaron el Espíritu Santo, por estas palabras: *Eo quòd civitas sancta, et templum periclitarentur. Erat enim pro uxoris filiiis, itemque, pro fratribus et cognatis minor sollicitudo; maximus vero, et primus pro sanctitate timor erat templi.* La causa por que se determinaron de pelear valerosamente era por el peligro en que estaba la santa ciudad y el templo, porque tenían ménos cuidado de sus mujeres, hijos, hermanos y deudos, y el mayor y más principal temor de todos era que no se arruinase aquel santo templo. Y así como el celo de Dios fué el principal estímulo y motivo que tuvieron para la guerra, y acometieron á los enemigos invocando con el corazón al Señor y meneando las manos valientemente, así el mismo Señor acudió á sus ruegos y les dió gloriosa victoria, matando treinta y cinco mil de sus enemigos. Filon, judío, autor gravísimo y elocuentísimo, en un libro que escribió de la embajada que él mismo hizo, por parte de los judíos, á Calígula, emperador, dice que habiendo mandado este tirano á Petronio, su presidente de Siria, que pusiese en el templo de Jerusalem su estatua con este título *Novi Iovis illustres Cai*; todo el pueblo, dejando sus casas y haciendas, y partido en seis escuadrones, tres de hombres viejos, mozos y niños, y tres de mujeres viejas, casadas y doncellas, vino á Petronio y se echó á sus piés, y derramando rios de lágrimas le dijeron: «Nosotros os dejamos nuestras ciudades, y os concedemos nuestras heredades y casas y todo el aderezo y riquezas dellas, y pensarémos que no os lo damos, sino que lo recibimos de vuestra mano, y no pedimos ni os suplicamos, en recompensa de todo ello, sino que no ha-

(1) II, Mac., cap. ult.

gais novedad en nuestro templo, y que nos le conserveis como le habemos recibido de nuestros antepasados. Si esto no podemos alcanzar de vos, veisnos aquí, todos nos ofrecemos al cuchillo y á la muerte, por no ver vivos una cosa tan lastimosa y más grave que la misma muerte.» Y con este sentimiento que tuvieron, y celo de conservar su templo y religion, Dios los favoreció, y mató y quitó el sér de hombre al que se tenía y quería ser adorado como dios.

CAPÍTULO XII.

La misericordia que Dios usa con los que mueren en semejantes jornadas, ó despues, por ocasion dellas.

Puede tambien ser causa destes sucesos el querer Dios nuestro Señor usar de misericordia, y llevar por este camino al cielo á muchos que perecen en semejantes jornadas, los cuales, si volvieran con prosperidad á sus casas, por ventura se condenarian. Porque cuando así van á algunas empresas santas, y con deseo de defender la fe católica y derramar por ella su sangre, es de creer que en el tiempo de su mayor trabajo y afliccion se vuelven de todo corazón á Dios y le piden perdón de sus pecados, y le ofrecen la muerte que tienen presente, y que el Señor, que es piadosísimo, la acepta y les perdona las culpas de la vida pasada, y las que como hombres habrán cometido en aquella jornada, y que desta manera se salvan muchos que en sus casas se perdieran. Y siendo esto así, para ellos es misericordia lo que á nosotros nos parece castigo, y beneficio inestimable lo que tenemos por azote.

Para confirmar esto diré un ejemplo muy notable y de grande admiracion, que sucedió en una jornada, en tiempo de san Bernardo. Habiendo los cristianos ganado la santa ciudad de Jerusalem, y cobrádola de mano de los infieles, en tiempo de Godifredo de Buillon, y alcanzado gloriosas victorias, despues fueron muy apretados de los enemigos. Y queriendo el Papa, como padre comun de todos los cristianos, mover á los principes y reyes poderosos y á todos los fieles á tomar las armas é ir á la Tierra Santa para defender ó morir por sus hermanos, mandó á san Bernardo, cuya santidad en aquel tiempo era muy celebrada y reverenciada en el mundo, que predicase la cruzada, y animase con sus sermones á toda la gente para empresa tan gloriosa. Predicó el Santo, movió y animó á las provincias y reinos á tomar las armas, confirmó su predicacion con innumerables y grandísimos milagros (2). Hizose la jornada, fueron á ella en persona el emperador Conrado y el rey Luis de Francia. Sucedió mal el negocio, perdiéronse los ejércitos, hubo gran llanto y tristeza en toda la cristiandad, levantáronse contra el glorioso san Bernardo muchas murmuraciones y quejas, llamáronle falso profeta y engañador, y causa de una ruina y cala-

(2) En la *Vida de san Bernardo*, lib. iii, cap. iv. Guillermo Tiro, *De la guerra de Jerusalem*, lib. xviii.

midad tan lastimosa y miserable como habia venido á la cristiandad. Vióse muy afligido el bienaventurado y fiel siervo del Señor, y conoció que ésta era tentacion y probacion suya (1). Escribió al papa Eugenio III sobre ello, trayendo muchos lugares de la Sagrada Escritura á este propósito, y diciendo que él se holgaba que las quejas fuesen contra él, y no contra Dios, y de recibir en sí, como escudo, los golpes y las saetas que se tiraban, para que no llegasen al Señor. Y para que se viese que Dios le habia mandado predicar lo que predicó, y que su voluntad habia sido que se hiciese aquella jornada, demas de los milagros que habia obrado ántes el Santo para animar á la gente, despues de ella alumbró un ciego, en testimonio desta verdad. Pero, volviendo á nuestro propósito, una de las razones que dió san Bernardo para consolar á la gente de aquel triste suceso, fué decir que si la Iglesia oriental no habia sido librada con aquella jornada de sus enemigos, la Iglesia celestial habia sido con ella enriquecida, y que si habia sido Dios servido de librar con esta ocasion, no los cuerpos de muchos fieles, que estaban oprimidos de los paganos en Oriente, sino las ánimas de los que en Occidente estaban cautivos de Satanás, ¿quién se podía quejar ó decir al Señor: «Por qué habeis hecho esto»? Y que cualquier hombre cuerdo debia tener por peor la suerte de los que volvieron de la jornada y tornaron á sus antiguos pecados, y por ventura á otros mayores, que no la de los que murieron en ella, y habiendo purgado con várias tribulaciones sus ánimas, las dieron al Señor, el cual por ventura, como dice Salviano á otro propósito (2), no quiere en estos castigos que todos perezcan, sino herir á una parte con la espada de su sentencia, y emendar la otra parte con el ejemplo, y mostrar á todos su severidad con el castigo de los que perecen, y su benignidad con el perdon de los que se salvan.

Si esta causa que habemos dicho es tan piadosa y tan propia de la suavísima bondad del Señor, no lo es ménos el querer que se cumpla el número de sus mártires y de aquellos bienaventurados y valerosos caballeros que Él *ab aeterno* escogió para sublimarlos y glorificarlos con la corona del martirio; porque es grande gloria de un rey y de su reino tener muchos grandes en él, y tales son en el cielo todos los mártires, los cuales con tanto valor y esfuerzo pelearon y muriendo vencieron y triunfaron de la muerte y del pecado y del infierno. Esto se podia declarar en particular, tratando de los cristianos y católicos que por ocasion de haber sucedido mal algunas jornadas que hicieron contra herejes ó infieles, fueron dellos atormentados y muertos por la fe de Jesucristo nuestro redentor; pero para evitar prolijidad bástanos lo que ha sucedido en Inglaterra en estos dias, adonde la Reina y los de su consejo, desvanecidos con los sucesos que

(1) En el principio del n. lib. *De considerations.*(2) Lib. i. *De provid.*

habemos visto, y embravecidos y embriagados con su rabia é impiedad, han ejecutado su saña y derramado la sangre inocente de muchos católicos, pareciéndoles que ya no tenian que temer. Y si el Señor fuera servido de trocar las cosas y darnos el suceso que se deseaba, no se hubiera por ventura cumplido este número, ni hubieran muerto por la fe católica los que despues han muerto por habernos querido humillar y probar el Señor.

Y de cuánta gloria sea para Dios, y ornamento para el cielo, y esfuerzo para los fieles, y honra y lustre para toda la Iglesia católica, la muerte de cualquiera destes mártires, no lo quiero yo aquí tratar por no divertirme de mi propósito. Léalo quien quisiere en el padre fray Luis de Granada, en el tratado que escribe *De la gloria y grandeza de los mártires.*

CAPÍTULO XIII.

Que alguna vez deja Dios de castigar á los infieles y herejes porque áun no es llegado el tiempo del castigo.

Suele, otrosí, el Señor, como piadoso, longánime y paciente, y que, como dice Isaías (3), nos espera para tener misericordia de nosotros, y se tiene por honrado cuando nos perdona, algunas veces amargar á sus enemigos y avisarlos con el terror y espanto de la guerra ántes de asolarlos, por no ser por ventura áun llegado el tiempo de su castigo y destruicion. Porque, puesto caso que Dios castiga todos los pecados y pecadores, pero no lo hace luego, sino vase poco á poco, aguardándolos para que vuelvan en sí y hagan penitencia. Y cuando perseveran en su dureza y obstinacion, entónces alza la mano y hiere con tanta mayor fuerza quanto ha sido mayor su sufrimiento. Por esto dijo san Pablo, hablando con el pecador (4): «Por ventura desprecias las riquezas de la bondad y paciencia y longanimidad del Señor, y no ves que la benignidad de Dios te está atrayendo y esperando para que hagas penitencia; mas tú, con tu duro é impenitente corazon, atesoras la ira de Dios contra tí, la cual se descubrirá en el dia de su saña, cuando revelará y manifestará su juicio.» Y en el libro del *Génesis* leemos (5) que prometiendo Dios á Abraham de dar á sus hijos la tierra de promision, la cual en aquel tiempo era habitada de los amorreos y cananeos y de otros pueblos infieles, dándole la razon por que no le daba luego á él la posesion della, le dijo: «Porque no se han cumplido las maldades de los amorreos.» Quiere decir, áun no es cumplido el tiempo que he determinado esperarlos ántes de darles el castigo, el cual, como he dicho, tiene determinado para castigar los pecados y maldades de todos los reinos y provincias del mundo, y hasta que llegue este tiempo, el Señor se detiene y espera, y entre tanto algunas veces amaga, y en llegando aquel tiempo hiere y asuela. Por esto los profetas, cuando amenazan con el azote de Dios á las gentes, dicen

(3) Isai., xxx.

(4) Rom., ii.

(5) Gen., xv.

que ya ha llegado su tiempo ó que ya se cumplirón sus pecados, y que se acerca el dia de la visitacion de Dios; dando á entender que era llegado el tiempo que el Señor tenia determinado para castigar sus maldades (1).

Y no es maravilla que el Señor se vaya tan despacio, y use desta blandura y longanimidad en el castigar; porque, como dice san Juan Crisóstomo (2), los hombres tarde y con mucho trabajo hacemos; presto y con mucha facilidad deshacemos. Pero Dios, al contrario, más presto hace que deshace, porque con una sola palabra crió el mundo, y en seis dias le ordenó, distinguió, y le puso en la perfeccion que ahora está. Y para destruir la ciudad de Jericó (3), mandó que la gente de guerra la cercase y anduviese al rededor cada dia una vez por espacio de seis dias, y que al séptimo los sacerdotes tambien la rodeasen, y sonasen sus trompetas y clamase todo el pueblo, y que desta manera caerian los muros de la ciudad, y ella sería entrada, y así se hizo. De manera que en criar y perficionar el universo gastó seis dias, y siete en destruir una ciudad. Porque es más inclinado á hacer que á deshacer, á perdonar que á castigar, á salvar que á arruinar; y lo uno hace movido de su natural bondad, y lo otro forzado de nuestras culpas y pecados.

Bien entenderá esto quien leyere en el *Génesis* que ántes que Dios, por las carnalidades y maldades de los hombres, enviase el diluvio y arruinase el mundo, tocado con entrañable é íntimo dolor, como si fuera hombre y tuviera afectos humanos, dijo (4): «¡Ay! destruiré al hombre que crié, y echaréle de la tierra.» Y el que leyere en Isaías (5) que siendo Dios fuerte y celoso y todopoderoso, y Señor de las batallas, y que ninguno le puede resistir, dice que aunque calla y disimula, algun dia hablará, y dará bramidos como la mujer que está con dolores de parto, que como por fuerza echa la criatura que tiene encerrada en el vientre, y castigará á sus enemigos (6); y el que considerare que viendo Cristo nuestro redentor á Jerusalem, lloró sobre ella, por el castigo que le habia de venir. Por esto dijo el Sabio (7): «¡Oh cuán bueno y cuán suave es, Señor, vuestro espíritu en todas las cosas, que á los que yerran corregis, y á los que pecan avisais!»

«No es Dios, dice san Juan Crisóstomo, como los reyes, que hacen guerra, que tienen secretos sus consejos y ardidés para que el enemigo no sepa por dónde le han de entrar ó acometer; ántes hace todo lo contrario, y publica la guerra, y avisa ántes de començarla, y como dice el Profeta (8), alza la espada, flecha el arco, aparea las saetas, y muy

(1) Vide *Abulensem*, in cap. xviii *Judicum*, q. xvii.(2) Serm. v, *De penitent.*

(3) Josué, vi.

(4) *Genes.*, vi.

(5) Isai., xlii.

(6) Luc., xvi.

(7) Sap., xii.

(8) Psalm. vii.

de espacio se pone á punto de guerra para que el pecador tenga tiempo de arrepentirse y vuelva en sí, y pida perdon al Señor, pues ve que con Él no puede contrastar.»

Por esto envió Dios á Jonas para que predicase en la gran ciudad de Ninive y amenazase á los moradores della con el castigo porque no se le queria dar, y Jonas huyó, temiendo que al cabo el Señor usaria de su clemencia y los perdonaria, y que esto sería deshonra y afrenta suya. Y despues que sucedió como él lo habia pensado, se afligió de suerte, que dijo: «Señor, yo sé que Vos sois Dios clemente y misericordioso, paciente y benigno sobremanera, y perdonador de maldades; llevadme, Señor, deste mundo; que mejor es la muerte que no la vida para mí (9). Y fué menester que Dios le consolase y que le diese á entender cuán justo era que Él perdonase á una ciudad como á Ninive, y á tantos niños inocentes que habia en ella, pues Jonas recibia tanta pena que se hubiese secado la hiedra, que él no habia criado ni hecho crecer, porque le hacia sombra y le defendia del ardor del sol.

Plutarco, filósofo gravísimo, escribió un libro, en que trata por qué Dios no castiga luego á los pecadores, y entre otras causas que trae de esta benignidad del Señor, dice (10) que lo hace para enseñarnos la paciencia, enfrenar nuestra ira y no dejarle la rienda, ejecutando luego la venganza contra aquellos que nos ofenden, y asimismo para darles tiempo de penitencia, porque muchos hombres, que en un tiempo fueron perversos y detestables, con esta longanimidad de Dios volvieron en sí y se trocaron, y fueron varones excelentes. Y añade que muchas veces de un malo nace un bueno, y que como nosotros no quemamos la esparraguera y las espinas hasta haber cogido el espárrago que nace dellas, así el Señor no castiga al malo hasta haber cogido el bueno que dél habia de nacer. No se ejecuta la sentencia de muerte luego que se pronuncia contra el facineroso que está en la cárcel, ni en tragando el pece al anzuelo, encontinentemente le abren y le hacen pedazos y le frien; cuerda se le da á veces y tiempo para que se espacie y recree hasta que venga el tiempo del comerle. Desta misma manera, aunque el Señor tenga ya dada la sentencia, no la ejecuta luego contra el infiel y hereje, ántes le da algunas veces buenos sucesos, y le entretiene y regala hasta que llegue el tiempo de despedazarle y freirle.

Pero si por esta parte es misericordia la que Dios usa con los infieles y herejes, aguardándolos y dándoles tiempo de penitencia, por otra tambien es obra de justicia y un género de castigo más riguroso que si temporalmente los castigase. Porque, como el mayor castigo de Dios sea permitir los males de culpa, y entre ellos los de la herejía, como queda declarado, y los malos de su prosperidad

(9) Jon., iv.

(10) Plutarco, *De sera numinis vindicta.*

de ordinario sacan motivos para endurecerse y para perseverar en su maldad, los herejes comunmente no toman esta blandura de Dios por aviso y amenaza, sino por favor y regalo suyo, como lo dice san Gregorio papa por estas palabras (1): «Muchas veces los herejes, viendo que la santa Iglesia es affigida, piensan que las tribulaciones que padecen los fieles católicos les vienen por sus pecados, y que ellos son justos porque Dios los deja sin castigo, para que se endurezcan en su maldad. Y conforme á esto, no emiendan los herejes, sino acrecientan sus culpas, ni se apartan de su falsa creencia; ántes, siendo ciegos, piensan que ellos solos ven, y cierran los ojos á todo rayo de luz y verdad. Y éste, como he dicho, es el mayor castigo que en esta vida con justo y severo juicio suele dar Dios. De donde se sigue que ellos se endurezcan más y se enreden en un laberinto inexplicable de sus propios desatinos y maldades, y que estando abrazados con el estiércol de sus torpezas y fealdades, piensen que están cercados de rosas y se tengan por muy seguros y favorecidos del Señor.

Pero cuando ellos están más descuidados y se tienen por más favorecidos de Dios, y por esto están engreidos y desvanecidos, entónces repentinamente viene sobre ellos la ira del cielo, que los destruye y deshace. Fué el pueblo de Israel á la guerra contra los filisteos y fué vencido. Llevaron el arca del testamento al campo para ser más ayudados y socorridos de Dios, y como ellos eran transgresores de la ley que estaba encerrada en aquella arca, no fué Dios servido favorecerlos por medio della; ántes fueron la segunda vez vencidos de sus enemigos, y con mayor destrozo y matanza que la primera. Y la misma arca, en que tanto confiaban, fué tomada y llevada á tierra de los filisteos y puesta cabe sus dioses. Y con este buen suceso quedaron tan ufanos y contentos los filisteos, que les pareció que ya no habia más que hacer sino gozar de la vitoria y paz que habian alcanzado. Pero á deshora la paz se trocó en guerra, y la alegría se les volvió en llanto, porque el Señor á sus solas, por medio de sola el arca, los consumió y asoló, y mostró que habia querido castigar y affigir á su pueblo primero, y despues arruinar á sus enemigos, que estaban soberbios y altivos, y que lo hacia de manera que se viese claramente que lo hacia Él, y que ninguno se podia gloriarse de haber tenido mano en aquel castigo y obra tan propia suya.

Esto es lo que toca á los infieles y herejes. Mas para los que, por la misericordia de Dios, son cristianos católicos y desean agradarle y servirle, el beneficio incomparable que les ha hecho en darles su luz y verdad, no son de poco provecho cualesquiera sucesos, por adversos y tristes que sean, si los saben ponderar; porque con ellos quiere el Señor probar su fe, despertar su esperanza, ejercitar su fortaleza, emendar sus vidas, reprimir su orgu-

(1) Moral., lib. xiv, cap. xvii.

llo, humillar su soberbia, enderezar sus consejos, apurar su intencion, encender su oracion, darles motivo para confiar mas en Él, y desta manera vencen á sus enemigos.

En el *Deuteronomio* dice Dios estas palabras (2): «Si se levántare entre vosotros algun profeta ú hombre que diga que ha tenido en sueños revelacion de Dios, y en testificacion desto diere alguna señal, y sucediere lo que él dijo, y despues os quisiere apartar del servicio de vuestro Dios, y persuadiros que sirvais á dioses ajenos, no creais ni oyais al tal profeta, porque vuestro Señor Dios os tienta y prueba para que se manifieste y declare si le amais de todo vuestro corazon y de toda vuestra ánima, ó no. Permite Dios que suceda lo que dice el falso profeta, para probar la fidelidad y amor de su pueblo, y que no suceda lo que desea el católico y siervo suyo, para probar más su fe y avivar su esperanza, y ejercer las otras virtudes que habemos dicho. Esto baste para declarar algunas de las causas que á mi bajo entendimiento se ofrecen, porque nuestro Señor algunas veces da prósperos sucesos á sus enemigos, y adversos á sus fieles y amigos. Ahora veamos lo que se debe hacer en semejantes ocasiones.

CAPÍTULO XIV.

Lo que se ha de hacer en semejantes sucesos.

Pues cuando el Señor fuere servido de azotarnos y affigirnos con pérdidas y tristes sucesos, lo primero que debemos hacer es volvernos á Él y reconocer el azote de su mano, y emendar cada uno su vida, y quitar de sí todo lo que entiende que puede desagradar á Dios y ser causa de aquella tribulacion. Las cabezas y gobernadores de la república, demas de reformarse á sí é ir delante de todos con el ejemplo y honestidad de sus vidas, han de procurar que las de los demas sean tan compuestas y concertadas, á lo ménos en lo exterior, que es lo que principalmente está á su cargo, que no haya pecados y escándalos públicos, ni cosas graves en ofensa de nuestro Señor; porque si el azote viene por las culpas, y el castigo público por los pecados públicos, como comunmente suele venir, cierto es que el mejor remedio para quitar la pena será emendar la culpa que es causa della, y reformar las vidas y componer las costumbres, y apartar todo lo que es tropiezo y escándalo público, para que, quitando la causa del azote, cese el mismo azote y se aplaque la saña y furor justo del Señor. Porque, cuando esto no se hace, ni hay emienda con el azote, es muy mala señal y cierto indicio de mayor y más terrible castigo. Porque, así como un pecado, cuando no se purga y emienda con la penitencia, dice san Gregorio que con su mismo peso apesga y hace caer en otros pecados, así la tribulacion y castigo de Dios, que no nos reforma y emienda, es señal cierta de otros más ásperos casti-

(2) Deuter., xiii.

gos y tribulaciones que nos han de venir, y así conviene desvelarnos en aplacar al Señor.

Esto es lo primero y principal que debemos hacer, y despues poner los ojos en Dios con grande confianza. Y si lo que se comenzó fué para su servicio y para nuestra quietud y seguridad, no debemos desmayar, sino esforzarnos y animarnos, y emendar las faltas, si hubo algunas de nuestra parte, y llevar adelante lo comenzado, y no por un mal suceso creer que siempre será así.

En las guerras hay varios sucesos, y los que en ellas fueron más dichosos y alcanzaron mayores vitorias, algunas veces fueron vencidos, y si miráran á los desastrosos principios que tuvieron en sus empresas, no tuvieran tan dichosos fines. Ni Ciro, ni Alejandro Magno, ni Julio César, ni Pompeyo Magno, ni ningun otro valerosísimo capitán siempre venció y fué dichoso en la guerra, ni la prosperidad y dichosa suerte puede estar siempre en un sér. Los romanos al principio fueron vencidos de los samnites y despojados de sus armas, y vestidos fueron pasados ignominiosamente debajo de las picas cruzadas, en forma de horca, que por el lugar llamaron *candinas furcas*, y despues vencieron á sus vencedores, y triunfaron veinte y cuatro veces dellos, y asolaron y desarraigaron de tal manera su ciudad, que en Samio, que así se llamaba, no quedó rastro de Samio. La primera vez que pelearon los mismos romanos en Italia contra Pirro, rey de Epiro, que es Albania, fueron vencidos y desbaratados por la novedad de los elefantés que traía el Rey en su ejército, los cuales los romanos hasta entónces nunca habian visto. Pero la segunda vez vencieron al Rey. ¿Cuántas veces fueron vencidos los mismos romanos de los cartagineses ántes que ellos los venciesen y arruinásen su ciudad? Y estuvieron tan apretados y affigidos de Anibal, y tan debilitada y consumida su república por la muerte de sus soldados y capitanes, que parecia se habia de acabar el imperio romano. Pero con el ánimo y valor se repararon, y echaron de Italia á su enemigo, y en su misma patria le vencieron, y dieron fin á Cartago y á su imperio.

Pues nuestros españoles numantinos ¿no pelearon y vencieron por espacio de catorce años á los romanos, y siendo solos cuatro mil guerreros, desbarataron cuarenta mil dellos, pero al cabo los vencedores fueron vencidos, y Numancia, que es Soria ó cerca della, fué asolada y destruida? Los cimbrós y teutones rompieron tres ejércitos de los romanos ántes que de Mario, su capitán, fuesen vencidos y acabados. Lo mismo aconteció á Yugurta y Mitridátes, que hizo guerra largo tiempo con los romanos, y les ganó algunas provincias, y puso espanto y terror en la misma ciudad de Roma, hasta que la felicidad de Sila y el valor de Lúculo y la grandeza de Pompeyo le consumieron. César la primera vez que pasó á Inglaterra perdió su armada, por no tener entera noticia, como él mismo dice, de los efectos que hace la luna llena en el

P. R.

mar Océano (1); pero volvió la segunda vez con más aviso y consejo, y peleó y venció, y fué el primero que sujetó aquella isla y la hizo provincia de los romanos.

Y porque no sean todos los ejemplos de paganos, Heraclio, emperador, tuvo muchos enueños con los persas, y perdió muchas provincias ántes que venciese las tres batallas á Cosdroes, que con las vitorias pasadas estaba muy ufano é insolente, y le quitase el reino, y cobrase el santo madero de nuestra redencion. Nuestro rey don Ramiro, el dia ántes que alcanzase aquella memorable vitoria del Clavijo contra los moros, se vió tan apretado dellos, que herida y muerta buena parte de su gente, se retiró á una montaña, y estuvo toda la noche en oracion, suplicando con lágrimas á nuestro Señor que le socorriese y librase de aquella angustia y peligro, y así le apareció el glorioso protector de las Españas, Santiago, y le animó y esforzó, y le dió con su presencia la vitoria. Pues el valeroso rey don Alonso, hijo del rey don Sancho, ¿no fué vencido de los moros en Alárcoos, ántes que él los venciese, y alcanzase aquella admirable y gloriosa vitoria de las Navas de Tolosa, tan alegre para los cristianos como llorosa para los moros, pues con pérdida de solos veinte y cinco cristianos, murieron de los moros doscientos mil?

Otros innumerables ejemplos podriamos traer, si éstos no bastasen, para mostrar que á todos los grandes capitanes que triunfaron en el mundo, algunas veces sucedieron casos adversos, pero la misma adversidad los esforzaba y daba ánimo para llevar adelante su empresa, escarmentando y emendando la segunda vez las faltas que habia habido en la primera, porque el varón magnánimo y constante en la dificultad cobra ánimo, y en el peligro esfuerzo, y en lo que los otros desmayan, muestra él su pecho y valor, y desta manera da á entender que no puede ser vencido de la fortuna. Y el verdadero cristiano, que está colgado de Dios, y sabe que los buenos y malos sucesos nos vienen de su mano, aunque alguna vez sea azotado y affigido, no por eso desespera; ántes emienda sus costumbres y se vuelve á Dios, y dice lo que dijo Job: *Etiam si occiderit me in ipso sperabo; aunque me mate esperaré en Él.*

Para ejercitar esta esperanza y probarnos, y ver si, desconfiados totalmente de nosotros, confiamos en Él, deja Dios algunas veces llegar las cosas á tal punto y extremo, que se tengan por desahuciadas, y faltando los remedios humanos, se sientan y agradezcan más los divinos, como lo vemos en Abraham (2), que le dejó llegar á lo último, y atar á su hijo Isaac y ponerle sobre el altar, y desvainar la espada y alzar la mano para herirle, y entónces se la tuvo el ángel y libró al hijo, y le fueron hechas aquellas magnificas y maravillosas promesas (3). Y Josef, ántes que fuese socor-

(1) César, *De bello gal.*

(2) Gen., xxi.

(3) *Ibidem*, xli.